

Campos de refugiados palestinos: la particularidad de Sabra y Chatila

Los campos de refugiados palestinos se crearon en 1948 tras la ilegítima declaración de creación e independencia del Estado de Israel por parte del sionismo que conllevó la expulsión del 80% de la población palestina de sus casas y de sus tierras por las acciones terroristas de los grupos armados sionistas.

La población palestina arrancada y expulsada de sus propias tierras fue empujada y brutalmente conducida por las fuerzas de ocupación israelíes hacia las actuales Franja de Gaza, Cisjordania, Líbano, Siria y Jordania.

Varios miles de familias palestinas permanecieron cerca de sus ciudades y pueblos, escondidas en bosques y montículos esperando volver regresar a sus casas lo antes posible. Algo que nunca sucedió. A estas personas se las clasificó como “desplazadas internas” y en 1952 perdieron las ayudas de la UNRWA al pasar a ser proporcionadas esas ayudas por la entidad sionista, aunque parcial e insuficientemente.

El 8 de diciembre de 1949 la ONU, viendo la catástrofe que el sionismo había provocado en Palestina bajo el paraguas de la Resolución 181 que la propia ONU había aprobado dos años antes, crea la agencia de Naciones Unidas para los refugiados palestinos (UNRWA) y comienza a darles servicios 6 meses después.

Los campos de refugiados son espacios limitados geográficamente, unos son de 500 m², otros de 1km², ninguno mucho más grande y, sean como fueren, no pueden extenderse más allá de esos límites. Sin embargo, la población palestina tiene una alta tasa de natalidad por lo que los habitantes de los campos de refugiados aumentan año tras año en número y, por tanto, en necesidades.

La principal necesidad resulta evidente: el espacio. A más gente dentro de la misma extensión, mayor densidad de población, es decir, menos espacio para cada habitante. El resultado: estrecheces, hacinamiento, falta de mínimas condiciones de salubridad, ausencia de espacios para juegos y parques infantiles. Los edificios tienen que crecer en vertical para dar respuesta a la creciente población. Las casas, humildes, están construidas en su inmensa mayoría con materiales de baja calidad, y crean espacios diminutos donde justo caben un sofá, una mesita y una tele, paredes como papel de fumar que solo delimitan, pero en absoluto aíslan, lo que convierte la intimidad en una quimera imposible de alcanzar para la población refugiada desde hace ya 78 años. En muchos de los campos las calles



son callejuelas por donde caminas rozando los hombros con las paredes de los edificios enfrentados entre sí y las personas gruesas tienen que pasar de medio lado.

Los campos de refugiados no tienen una administración concreta por lo que, habitualmente, se suele crear un comité popular que dirige el campo e intenta mantener el orden. Los servicios básicos de educación, salud y alimentación los aporta la UNRWA. Sus edificios azules son claramente reconocibles y afortunadamente, y mal que le pese al terrorista Estado de Israel, siguen dando servicios a la población a pesar de todas las dificultades que el sionismo les impone, a pesar de la falta de recursos por la cancelación de la financiación de los países filosionistas y a pesar de la aparición de organizaciones y asociaciones de nueva creación que desde una caridad despolitizada quita recursos y presencia a uno de los pilares fundamentales de pervivencia del pueblo palestina: la UNRWA.

En Palestina he tenido la suerte de conocer prácticamente todos los campos de refugiados que existen, desde los que se confunden con el resto de la ciudad como el de Jenin, el de Nusseirat en la franja de Gaza, o el de Shuafat en Jerusalén, a los que estuvieron completamente rodeados de alambradas y mantienen sus tornos rotatorios de entrada y salida como el de Deisheh, en la ciudad de Belén, o Qalandia en Ramallah. Desde los más pequeños como el de Al Ain en Nablus, a los más grandes y densamente poblados como el de Jabalia en el noreste de la Franja de Gaza, reducido a día de hoy a cenizas por la atroz brutalidad de Israel. Todos y cada uno de ellos mantienen una estética similar, más o menos abducida por el entorno urbano en el que se encuentran.

Sin embargo, en Líbano la estética cambia tremendamente entre campos. Desde la entrada militarizada, que solo puedes atravesar



Playa del Campos de Refugiados Al Rashidie (Sur del Líbano)

previo permiso del gobierno libanés, de Ain Al Hilweh, a la entrada libre aunque particularmente densa y concentrada del campo de Sabra y Chatila. Desde las enormes (enormes para ser un campo de refugiados) calles del campo de Al Rashidie, donde no solo tienen calles amplias, sino que pueden disfrutar de un refresco en un

chiringuito de playa estilo mediterráneo años 80, a las angostas y angustiosas callejuelas de Sabra y Chatila.

En el campo de refugiados de Al Rashidie además de recibirnos calurosamente y enseñarnos el campo, nos agasajaron con unos sabrosísimos falafeles acompañados por un refrescante jugo de fresas. Una vez repuestas las fuerzas, nos llevaron a una sala polivalente utilizada tanto para banquetes como para funerales, donde nos reunimos con los representantes de la Defensa Civil del campo: servicios de emergencias sanitarias, bomberos y protección civil. Fue muy interesante escuchar los relatos de sus intervenciones, situaciones cruentas en las que tienen que trabajar con mínimos recursos, durante días enteros sin poder descansar, sin poder volver a sus casas y sin saber si seguirán en pie cuando vuelvan. Fue emocionante sentir la convicción en sus palabras y en su voz. Convicción de estar haciendo lo que deben. Convicción en su noble causa.



Parte de la delegación internacional junto a los cuerpos de la Defensa Civil del Campo

Y es que, lo que sí permanece indeleble en todos y cada uno de los campos de refugiados es la entrañable hospitalidad palestina que acompaña al anhelo de retornar a sus pueblos y ciudades de origen en la Palestina histórica. Lo que sí permanece indeleble, por tanto, es su capacidad de resiliencia y resistencia. Transmisión de la memoria, lucha y aquiescencia, tres elementos imposibles de vencer. Por eso y por su insaciable avaricia, el sionismo va a perder, ya está perdiendo aunque no lo parezca, y los y las palestinas podrán regresar a las tierras de las que nunca debieron ser arrancados.



Generaciones de memoria y lucha

De todos los campos de refugiados que he conocido en estos últimos 24 años, Jabalia en la Franja de Gaza y Balata en Nablus habían sido los que más me habían impresionado por su estructura y por sus historias de lucha y dignidad, pero todo resulta ínfimo comparado con el campo de Chatila al que rodea, como una especie de barrio pauperizado, Sabra.



Un gran mural con mártires de la resistencia palestina rodeando al expresidente palestino Ismael Haniye te recibe cuando llegas a la entrada principal del conocido como campo de refugiados de Sabra y Chatila. Los carteles de los mártires se entremezclan con pósters de cantantes y anuncios de peluquerías con la misma normalidad con la que, allí, la muerte se entremezcla con la vida. La amplitud de la calle principal va menguando a medida



Caótico cableado eléctrico

que nos adentramos en el campo hasta convertirse en un laberinto de callejas y callejuelas particularmente tortuosas, húmedas y oscuras. Pero lo que más llama la atención es la increíble maraña de cables de luz que penden entre los edificios a la altura de las cabezas. Centenares de cables retorcidos sobre sí mismos y entre los demás, que suponen un peligro real que desemboca en pérdidas humanas que, una vez más, solo tienen un culpable: la ocupación israelí. A pesar de la estrechez de las calles, jóvenes y hasta niños de primaria conducen ciclomotores como si estuvieran en el circuito de Montmeló. Sorteán piernas, puestos de chuches, gatos y personas con la misma velocidad y reflejos que Ángel Nieto en sus mejores tiempos. Nos cuentan con pesar que desde hace más de una década la droga está haciendo estragos entre muchos jóvenes que sin perspectivas de trabajo ni motivos para la alegría dejan la vida pasar con exceso de hastío y falta de ilusión. Esta situación unida al objetivo del sionismo de acabar con el futuro de la población refugiada palestina son el caldo de cultivo perfecto para que las mafias se hayan hecho casi con el control del campo. De hecho, Chatila es el único campo donde existe, no uno, sino dos comités populares para administrar la vida en el campo. La filiación a los partidos políticos palestinos perdura, pero la desesperanza y la frustración ha invadido a muchas familias que ahora, apoyan, sencillamente, a quien les ofrece más ayuda y no es de extrañar ya que la tasa de pobreza en Chatila oscila entre el 87% y el 93% de la población.

La persona que nos acompañó en nuestro recorrido por el campo nos contó que la situación de desaliento era tal que muchos jóvenes

habían optado por ni siquiera salir del campo para intentar buscar trabajo. Los sucesivos gobiernos libaneses han mantenido unas políticas de marginación absoluta de la población refugiada palestina prohibiéndoles desempeñar más de 70 profesiones tituladas y reguladas por colegios profesionales. Esta situación convierte el campo en una especie de ratonera y a la vez espacio de confort, combinación que atrapa, y que unida al desempleo y la pauperización convierten Chatila en una especie de agujero negro al que se entra pero del que casi resulta imposible salir.

Afortunadamente, dentro de la oscuridad siempre hay rayos de luz y esperanza y uno de ellos es el Shatila Community and Sports Center. Este centro fue fundado por gente del campo de refugiados con el fin de crear un espacio deportivo destinado a niñas y jóvenes con el objetivo de alejarlas de la dura realidad del campo, darles una excusa para que las familias les permitan salir de casa y practicar ejercicio buscando mejoras en su salud física, psicoemocional y social. El centro está construido en el tercer y cuarto piso de un edificio estrecho con escaleras altas imposibles de subir sin agarrarte a la barandilla. El problema aparece cuando desaparece la barandilla y tienes que seguir subiendo. Tras conseguirlo de noche y sin luz, traspasamos la puerta del tercer piso y encontramos un espacio pequeño pero diáfano donde las niñas y chicas llevan a cabo diferentes actividades deportivas y disponen en el piso superior de otro espacio donde encontramos unas canastas, unos sacos de boxeo, unas pesas y una piscinita donde las más pequeñas pueden disfrutar como cualquier otra niña de su edad de un deseado baño en verano.



Centro deportivo en Chatila



Centro deportivo en Chatila

Con los años el centro ha montado un equipo de baloncesto de chicas que incluso ha viajado a ciudades como Bilbao, Madrid y Barcelona a jugar partidos solidarios de baloncesto, y dar la oportunidad a estas chicas de salir de su pequeña cárcel familiar y del país que les oprime para conocer otras realidades, no necesariamente mejores, pero sí muy diferentes. Y es que viajar amplía horizontes mentales, aumenta la empatía y te hace relativizar tu supuesta relevancia que en realidad no es tal y solo tiene valor en la medida en que te das a los demás, en la medida que luchas por un mundo más justo y en la medida en que compartes lo que tienes y eres con la comunidad.